

Frente a tamaña impotencia, empero, vemos asomar cierta afición al erotismo —inusual en la poesía de Quintana; cierta exaltación de la sensualidad y el viejo apego lírico a la existencia del que dan buena prueba poemas como *Clase de Filosofía* y *Las madres y las guerras*. Al igual que siempre, es el humor la puerta que franquea el camino, si no hacia la esperanza, por lo menos hacia la manifestación de un empecinado apego a la vida: «La bomba abrió un hermoso agujero en el techo por donde el cielo azul sonrió a los sobrevivientes».

Mario Quintana está muy lejos de presumir, como nuestro buen Gustavo Adolfo Bécquer, que habrá poesía «mientras la ciencia a descubrir no alcance el misterio de la vida». Cree el escritor riograndense que la explicación no agota el misterio ni mucho menos. La poesía no se alimenta de lo que aún subsiste oculto, a la manera de un último bastión que resiste la embestida del progreso. El misterio, para él, es lo real en su misma evidencia; vale decir que su esencia no consiste en lo que no puede verse sino en lo que está al alcance de cualquiera: «Hay espíritus simplistas que creen que tiene que haber una explicación para todo, y que, explicada la cosa, desapareció el misterio. Principalmente esos que insisten en desarticular el poema como si quisieran desenmascarar al poeta. Ellos me recuerdan aquellas personas «vivas» de cierto pueblito del interior que yendo a presenciar un espectáculo de magia, se pusieron a vociferar en medio de la función: «¡Eso es un truco! ¡No vale! ¡Es un truco, un truco!» Pero para alivio de las almas compasivas, aclaro que el pobre mago siempre logró escapar con vida por detrás de los bastidores...»

Allí está el arte, pues, para que no olvidemos lo que con tanta facilidad negamos. Como el tábano socrático, la función de la poesía es agujonear nuestro burdo pragmatismo y hacernos ver lo evidente. Por eso Quintana, como ya dije, llama a la poesía «una de las artes plásticas». Nada más a mano que la palabra y, por eso mismo, nada más «misterioso». En la inmediatez de su presencia se disuelve, para la mayoría de nosotros, la rica complejidad de su sentido.

Hay además en *Cuaderno H* dos textos muy interesantes para comprender la concepción de Quintana sobre la poesía. Se titulan *Respuesta* y *Luz de vela*. La insistencia en la búsqueda de un estilo natural en el segundo de ellos, y la apología del rigor y del trabajo en el primero, son profundamente complementarias. En el orden estructural el poema debe ser una construcción; en el plano verbal, eludir el artificialismo tratando de valorar e instrumentar los recursos provistos por el portugués coloquial. La lucha por la identidad, en el caso del poeta, toma la forma del trabajo: «Es preciso escribir un poema varias veces para que dé la impresión de que fue escrito por primera vez». La verosimilitud es, pues, resultado de un esfuerzo, y la frescura que deleita a quien lee, fruto del sudor de quien escribe. Al conferir dignidad laboral al escritor, Mario Quintana nos dice, implícitamente, que la correspondencia eventual entre palabra y mundo se alcanza por la vía de la tenaz redefinición de lo dicho y no por la gracia de una comunión espontánea.

Nuevamente nos encontramos aquí ante una postura que no lamenta el proceso de disociación entre el todo y las partes, ya que reconoce que mediante él, éstas pueden entrar en correspondencia con el primero. Asimismo, en las reflexiones de Quintana sobre el oficio poético puede advertirse que se alienta la tendencia a la diferenciación cualitativa del sujeto a través de la búsqueda del estilo. Por otro lado y complementariamente, el desprecio por la uniformidad agobiante de la sociedad de consumo refor-

zaría la impresión de que, para Quintana, sólo la conciencia personal puede conducir a la existencia auténtica por lo que ésta tiene de crítica y problematizadora. Queda claro, sin embargo, que esta conciencia no resuelve el problema del sentido de lo real pero, en cambio, lo plantea adecuadamente, vale decir en su estructura paradójica.

La más reciente obra de Quintana —*La vaca y el hipogrifo*— data de 1977. En ella retoma el camino de la expresión en prosa, abandonado un año antes en *Apuntes de historia sobrenatural*. Poco agregan estas composiciones del 77 al caudal lírico y conceptual abierto en el curso de cuarenta años por este poeta del sur del Brasil. Hay, eso sí, un sabor más amargo, un tono por momentos más sombrío que en sus libros anteriores de sentencias y notas. La composición titulada *Imperceptiblemente* plantea, a la manera de un esmerado discípulo de Aristóteles, la idea del tiempo como un continuo en cuya comprensión deben descartarse las nociones de fin o comienzo. En 5.005.618.912 retoma la cuestión de una continuidad a través de una metáfora que enlaza a los hombres de hoy con los de los primeros días. Vuelve a insistir en la crítica al mercantilismo sin freno de las metrópolis contemporáneas: «La Coca-Cola no es verdaderamente una bebida, es un estado de espíritu». Se ironiza sobre el alcance de las corrientes intelectuales de moda y el intento de reducir a leyes puramente lógicas los parámetros de la creación; se retrata nuevamente la enajenación urbana y se denuncian, con agudeza y ternura, la contaminación ambiental y el supuesto refinamiento de los ricos. Entre las páginas de mayor eficacia tragicómica está la que nos muestra condenados a tener que soportar nuestra propia presencia y la que caracteriza a la muerte como aquel estado de *liberación total* en el que, por fin, puede uno *acostarse con zapatos*. *Sorpresas* reitera la idea del tiempo circular y *La calle del poeta* una vez más nos dice que el reino del arte es el de la ambivalencia significativa. En suma, un libro donde la emoción y la trivialidad reflexiva se disputan cada página y al final de cuya lectura se sospecha que su publicación tal vez no haya sido ineludible. Nos parece, por eso, aconsejable finalizar este estudio con la lectura de *Apuntes de historia sobrenatural*, obra que, como queda dicho, apareció en 1976 y que es singularmente importante para la ubicación definitiva de Mario Quintana en el panorama de la poesía brasileña contemporánea. Es que con ella, el escritor reconquista la jerarquía literaria de *El aprendiz de brujo*, cosa que ocurre gracias a la supremacía ganada por las necesidades comunicacionales estrictamente líricas sobre la función humorístico-paradójica y muchas veces moralizante que hace jugar el poeta a su pensamiento.

En una de las solapas de la edición brasileña de estos *Apuntes* puede leerse el siguiente fragmento de una carta de Paulo Mendes Campos: «Una vez, iluminado, un amigo me contó que esta vida, nuestra vidita terrestre, también es sobrenatural: Guimarães Rosa vive el misterio de ultratumba; Bandeira piensa que todo es un milagro, menos la muerte. Tus quintanares, poeta, son de esa misma estirpe: no descifran, denuncian el misterio».

De hecho, esta *Historia sobrenatural* es la de lo cotidiano, la de lo previsible convertido en imprevisible; la de lo ordinario que ha pasado a ser extraordinario por la gracia del asombro o la pureza de la mirada que descubre lo nuevo y cautivante en las formas aparentemente familiares y aproblemáticas. Esta posición de Quintana, empeñada en denunciar la falsedad de una vida rígidamente programada, mediante la reivindicación

de lo real como esencialmente originario, apunta a la vez a exaltar la humanidad del hombre, relacionada de manera entrañable con su capacidad de descubrimiento cordial del mundo. En él se resume el sentido de la belleza, concebida por Mario Quintana como «la forma angelical de la verdad». La función de la poesía, en consecuencia, es contraofensiva. Alza sus palabras para arremeter contra el lenguaje espurio («¡El impuro lenguaje de los hombres!»), aquel que traiciona lo que de mejor hay en nosotros: el afán de comunión. Proclives a caer en la trivialidad, en la inmediatez sin grandeza, en la negación que constituye el olvido y en la idiotez del hábito, reconquistamos la realidad y nos reconquistamos en el lenguaje de la poesía, en el poema. Porque el poema es liberación de la rutina, desvanecimiento del tedio, puede afirmar el poeta que «¡Todas las horas son horas extremas!» Es decir, horas de tensión significativa, de riqueza problemática. La poesía, por eso, sustrae a la sensibilidad de la celda de respuestas en que está encarcelada. El poema es una «ventana: Quien hace un poema abre una ventana». El aire que por ella penetra tiene por misión devolvernos al espacio de nuestra complejidad viva, al centro del misterio que encarnamos y nos empeñamos en soslayar. «Quien hace un poema salva a un ahogado», vale decir: a aquel que se hundía en la trivialidad y la amnesia con respecto a cuanto hay de decisivo. Con este retorno a la *superficie*, con estos pulmones que se colman otra vez de vida gracias al aliento que les infunde la creación, la historia —que hasta allí fuera natural— se vuelve *sobrenatural*. Fuera de la *poesía* —nos dirá el escritor— *no hay salvación*. Y no se debe limitar el sentido del vocablo *poesía* a su acepción literaria. Recuperado en su originaria raíz etimológica —poesía como *puesta-al-descubierto*— de él se vale Quintana para caracterizar un comportamiento global, una conducta existencial que sin ser la única que define al hombre es, por cierto, la que define lo que tiene de mejor, la que permite comprenderlo como ser dialógico, abierto al encuentro con cuanto lo rodea. «Poeta, escribe Saint-John Perse— es aquel que rompe, para nosotros, la costumbre».

Cuando Quintana quiere ofrecernos una imagen del universo previsible contra el que se rebela, recurre, preferentemente, a los ejemplos que le brinda la sociedad masificada. Una muestra ilustrativa de lo que decimos puede encontrarse en *Arquitectura funcional*, donde Quintana arroja sus dardos contra las viviendas planificadas en serie, de manera que todo lo que en ellas hay de «operativo», crece en desmedro de la sugerencia y la ambigüedad. Carentes de todo misterio, no dejan espacio a «los fantasmas», entendidos como ese *no-sé-qué de más sutil*. Lo funcional ya no se conjuga con la belleza y esa disonancia alienta el empobrecimiento de nuestros días. La tesis de que la instrumentación enajenada de la tecnología en favor del consumismo ha generado una realidad social atroz en lugar de resolver los problemas básicos del hombre, encuentra en Quintana un portavoz insistente. Se trata de algo más que una postura romántica. Se trata, en realidad, de un replanteo lírico del significado del progreso; del cuestionamiento, en suma, de un concepto de desarrollo que desatiende el flanco sentimental de la experiencia, las necesidades afectivas del hombre y, en última instancia, la comprensión radical de la existencia íntimamente asociada a la del tiempo.

Miro mis manos: ellas sólo no son extrañas  
 Porque son mías. Pero es tan extraño distenderlas  
 Así, lentamente, como esas anémonas del fondo del mar...